

El culto mariano en la catequesis novohispana del siglo XVI

Ernesto DE LA TORRE VILLAR

1. *Preliminares*

Con la cruz y su devoción, llegó también a la Nueva España la veneración y la imagen de la Virgen María. Los conquistadores, hombres de fe ruda y elemental, confesaban a Cristo y veneraban a la Santísima Virgen. Cuenta Bernal Díaz que Hernán Cortés «no traía cadenas grandes de oro, salvo una cadeneta de oro de primorosa hechura, con un joyel con la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santa María, con su precioso hijo en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte el Señor San Juan bautista con otro letrero». Y agrega el soldado cronista: «Cortés rezaba todas las mañanas en unas horas, e oía misa con devoción; tenía por su muy abogada la Virgen nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada...».

Esa devoción y amor del conquistador, que podemos decir debió de haber sido general en toda la hueste, se observa también en las primeras disposiciones que para imponer orden y disciplina entre los miembros de la expedición dictó Cortés, que reflejan un espíritu elevado, alejado de la vulgaridad y del relajamiento de costumbres. Así leemos en las ordenanzas que dijo, en lo que se refiere a la blasfemia, lo siguiente: «E lo mesmo se entiende de Nuestra Señora y de todos los otros santos, so pena que demás de ser ejecutadas las penas establecidas por las leyes del reino contra los blasfemos, pague quince castellanos de oro, la tercera parte para la cofradía de Nuestra Señora, que en estas partes se hiciera...». Además, ordenó don

Hernando que: «en las estancias o en otras partes donde los españoles se sirviesen de los indios, tengan una parte señalada, donde tengan una imagen de Nuestra Señora, e cada día por la mañana, antes que salgan a fazer fazienda, los lleve allí e les diga las cosas de nuestra santa fe, e les muestren la oración del Pater Noster, el Ave María, Credo e Salve Regina...».

En la fe y costumbres religiosas de los conquistadores, la devoción mariana fue constante y honda. Sabemos, también por la relación de Bernal Díaz, que cuando llegó Cortés con su ejército a Cozumel a fines de febrero de 1519, luego de ver los templos de los ídolos, exhortó a los sacerdotes de los indios a quitar tales figuras y colocar en su lugar una cruz y una imagen de nuestra Señora, habiendo ofrecido la misa el padre Juan Díaz. Y agrega Bernal: «Vueltos los españoles, pocos meses después al puerto de donde salieron, hallaron la imagen de Nuestra Señora y la Cruz muy limpia y puesto incienso».

Más adelante, fray Bartolomé de Olmedo, fraile mercedario que venía en la expedición, predicaba tanto a los españoles como a los indios y decía misa en un pequeño altar en el que pusieron igualmente una cruz y una pequeña imagen de la virgen que había traído Francisco de Garay, «quien la regaló al fraile al morir. Era una imagen pequeña, mas muy hermosa y los indios se enamoraron de ella y el fraile les decía quién era».

De esta suerte, vemos cómo aportaron a tierra mexicana las primeras imágenes de la Virgen María. De otra más, traída por el soldado Villafuerte en un pequeño estuche de lámina, derivó el culto de Nuestra Señora de los Remedios, cuando esa imagen fue encontrada dentro de un magüey en donde la había dejado Villafuerte al salir huyendo rumbo a Otumba.

Los frailes franciscanos, tanto los tres primeros flamencos como los doce llegados con fray Martín de Valencia en 1524, fueron también muy devotos de la Virgen María. Su formación dentro de la tradición teológica de Duns Escoto les inclinaba a la devoción mariana en su advocación de la Inmaculada Concepción.

2. La escuela de fray Pedro de Gante

De la escuela de Gante saldrían excelentes músicos, pintores y escultores. Fray Pedro, cuyo celo apostólico fue tan grande, hizo en su taller pintar y esculpir, apoyándose en modelos europeos, varias imágenes de

Nuestra Señora, que colocó en algunas de las más de cien capillas que edificó en torno a los lagos mexicanos. Muchas de ellas se destruyeron con el tiempo. Sabemos que uno de los indios pintores, Marco Cipac, realizó excelentes pinturas de la Virgen, bajo la advocación de la Inmaculada. En Huejotzingo, en el valle de Puebla, consérvase una que tiene gran tradición y veneración. En Tepepan, rumbo a Xochimilco, se guarda preciosa escultura en piedra que representa a Nuestra Señora y la cual tiene todas las características de las imágenes del Renacimiento. Esta imagen se sabe procedió del taller de escultura que fray Pedro tuvo en su convento.

De esta suerte, imagen y culto a la santísima virgen penetraron por toda Nueva España. Los conquistadores, extremeños y asturianos, de vieja cepa mariana, estimaban a estas imágenes, semejantes a la Virgen del Pilar de Covadonga y a la de Guadalupe, de Extremadura, como algo común, algo acostumbrado y mantenían en torno de ellos, la piedad y sencilla devoción a que estaban habituados. Los indígenas empezaron a conocer y admirar la imagen de Nuestra Señora y a incorporarla a su mentalidad y mundo religioso.

La conversión de los naturales a la fe cristiana, su evangelización, constituyó desde el inicio de la conquista, la preocupación más grande de los religiosos. La cristianización estuvo íntimamente ligada a la defensa de los indios y a su incorporación a la civilización occidental. En la medida que se les protegiera, se les salvara de la destrucción y sujeción, podría lograrse su conversión. Cruenta lucha y lucha desigual, fue la que emprendieron los misioneros para proteger a los indios y salvarlos. Tuvieron que luchar contra las apetencias de los conquistadores, rudeza y crueldad de los soldados, ambición y avaricia de los encomenderos. Ejercitaron su función de defensores, denunciaron los excesos de la conquista y lograron se dieran en favor de los aborígenes disposiciones protectoras y salvadoras. Amparados en ellas y con la comprensión de autoridades conscientes y generosas, pudieron salvar a los indios de la destrucción, crear para ellos instituciones que les defendían, en donde podían recibir fe y cultura, como fueron los colegios de San José y Santa Cruz, los hospitales-pueblos como el de Cuajimalpa y Santa Fe de la Laguna y muchos otros más. Frailes, clérigos y autoridades civiles y eclesiásticas, se dieron desde el principio a realizar enorme tarea de salvación y evangelización.

En esa tarea, uno de los puntos esenciales consistió en la elaboración de los instrumentos de pastoral destinados a la cristianización de los indios.

El aprendizaje de los idiomas nativos, que, como afirmara fray Juan de Tecno, uno de los tres primeros misioneros flamencos, que era la teología que no había enseñado San Agustín, fue el primer paso a dar. A partir de 1523, los religiosos franciscanos se dedicaron a aprender las lenguas de los indios. Tecto emprendió la elaboración de un diccionario y una gramática que con su muerte se perdieron. El lego fray Pedro de Gante, perseverará en ese trabajo y muy pronto llegaría a componer una *Doctrina cristiana en lengua mexicana*, la cual envió a Europa para su impresión, pero de la cual no conocemos ejemplar ninguno. Hombre de constante laboriosidad, redactó otras más amplias y completas, una de ellas fue la impresa en 1547: *Doctrina cristiana en lengua mexicana*, impresa en el taller de Juan Pablos y la cual contiene a más del Per signum Crucis, el Padre Nuestro, el Credo, el Ave María y la Salve y otras explicaciones sacramentales. De esta edición de 1547-48, se conocen contados ejemplares. Finalmente, tenemos una nueva obra, la *Doctrina Cristiana en lengua mexicana*, impresa en México en 1553 igualmente en los talleres del bresciano Juan Pablo, quien ya no era dependiente de Cromberger, sino propietario de ese taller.

En esa *Doctrina*, encontramos ya debidamente organizada la devoción de las preces a recitar en honor de Nuestra Señora. En sus páginas iniciales que encierran el santoral del año, registra varias festividades marianas que deberían tomarse en cuenta, como son el 9 de marzo, la Anunciación a Santa María; en el mes de julio la visitación de Nuestra Señora; el 15 de agosto la Asunción de la Virgen María; el 8 de diciembre, la Concepción de Nuestra Señora, posteriormente la octava de la Concepción y enseguida la conmemoración de la Expectación de Nuestra Señora.

Después del Per signum Crucis aparecen las oraciones esenciales que por disposición de la Junta de Prelados de 1546, deberían rezarse, y luego del Pater Noster y su explicación sigue, junto a un grabado que representa la Anunciación, el Ave María, enunciado en latín y enseguida la versión en nahuatl. Tras breve explicación viene la salve, con el enunciado de cada párrafo en latín y enseguida la traducción en nahuatl. En esta parte aparece un grabado de la Santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos. Posteriormente seguirá el Credo y luego de otras explicaciones doctrinales; en la p. 79 v. encontramos nuevamente el Ave María en latín, seguida de su versión nahuatl. En seguida aparece la Salve en latín con su versión y explicación en nahuatl. Más tarde, una vez presentadas y explicadas las virtudes, viene la explicación de la misa y las oraciones prescritas, en donde volvemos a encontrar nuevas oraciones a Santa María. Finalmente en la Corona,

en donde se encuentra bello grabado de la virgen sosteniendo al niño, parada sobre la luna y rodeada de rayos flamígeros, hallamos, en las preces, la mención continua al Ave María, las cuales prosiguen al final de la *Doctrina*.

De esta manera, fray Pedro de Ganté, uno de los primeros y mas egregios misioneros venidos a México, cristianizaba a los indios, impregnándoles de una devoción admirable hacia la Madre de Jesús. Ella era la medianera, la intercesora y su devoción representó así desde los primeros años, una de las misiones esenciales de los religiosos.

3. *Juan de Zumárraga*

Fray Juan de Zumárraga, grandioso prelado, desvivido por la evangelización y defensa de los naturales, dio también muestras de esa devoción.

Tanto en la *Doctrina Cristiana* aparecida en 1546, como en la *Regla Cristiana Breve* impresa como la anterior en el taller de Juan Pablos en 1547, el santo obispo hace patente su devoto amor a la Madre de Dios. Si en la *Doctrina* propugna por la enseñanza del Ave María y de la Salve y la acción medianera de la Virgen, en la *Regla*, al hacer tres consideraciones en torno a la Santa Misa y analizar el misterio de la redención, describe la Pasión del Señor y el sufrimiento que su Santa Madre tuvo con ella.

Veamos las exclamaciones de dolor que hace en torno a ella: «Compadeceos de su madre bendita que allí estaba presente, cuyo corazón lastimaba cada clavo de cada mayo y pie». En páginas posteriores, el prelado enseña a sus fieles otros pasajes de la vida de Jesús en los cuales siempre está presente su bendita madre. Esa unidad jerarquizada entre madre e hijo estar manifestada de continuo en las bellísimas consideraciones que Zumárraga hace en su obra.

Y el *Tripartito*, en la parte final que dedica a los ejercicios y oraciones a hacer en la hora de la muerte, las menciones a la Virgen María como intercesora en esos momentos son numerosos. En la letanía con que terminan las oraciones, la presencia del nombre de María al principio de la letanía de los Santos es bien perceptible. De esta suerte el primer obispo de los mexicanos, difundía entre su rebaño la devoción y el culto a la Virgen Madre de Dios.

4. *Bernardino de Sahagún*

Y para terminar con el examen de estos primeros instrumentos de pastoral evangelizante, veamos qué nos dice en una de sus obras Fray Bernardino de Sahagún, el más egregio de los cultores de la civilización india, insigne religioso que recogió de labios de los propios indios todo su saber, su cultura integral y nos la dejó en espléndidos volúmenes. En las *Adiciones y apéndice a la postilla y ejercicio cotidiano*, obra redactada en 1597 escribirá a los indios conversos, ya responsables del estado de sus almas y capaces de acomodarse a la moralidad cristiana. En esta obra, recientemente publicada por el gran estudioso sahumantino Arthur J. Anderson, observamos cómo el misionero, tan científico y objetivo en sus apreciaciones del culto popular, enseñaba el valor de la presencia de María Santísima en las reflexiones que hacía a los cristianos indios. Así, en uno de los primeros capítulos, el que consagra a la fe espiritual, al hablar de la Trinidad, describe un corto párrafo en el que refiere la intervención de la Virgen María en el nacimiento del Hijo. Dice:

«Lo que es más cierto es que sólo hay una deidad, Dios el Señor por todas partes del mundo, y que es Padre, es Hijo, es Espíritu Santo, tres personas pero una sola deidad. Y el Hijo vino a hacerse hombre por nosotros en el vientre de Santa María siempre pura Virgen».

En las meditaciones cotidianas, en la relativa al lunes, luego de condenar las prácticas idolátricas, «que sólo roban la honra de Dios y la dan a las criaturas», agrega:

«Es necesario que se adore al Santísimo Sacramento porque ahí está Dios mismo, en cuanto hombre, en cuanto Deidad. Y es necesario que la cruz sea muy honrada, pues en ella se recuerdan los tormentos de Dios. También a su amada madre: grandes honores son su merecimiento, su mérito, porque es la madre de Dios. Y los demás de los amados de Dios, los ángeles, los santos: es necesario que se honren mucho porque son siervos de Dios, están con él».

En la meditación para el martes escribe: «Oh amado padre, nos has dado tu único, tu sólo amado Hijo: sólo el es él que se envía. Se hizo hombre en el seno de la siempre Virgen Santa María; ella misma era la madre de tu amado hijo y nuestro intercesor». En seguida explica el nacimiento

de Jesús en humilde choza donde dormían las vacas, allí en lo que se llama un establo. Y termina esta meditación con una súplica a María:

«Tu que eres la madre de Dios mucho te honro y te suplico y reconozco que eres la madre de mi deidad, mi Señor, mi Creador; y reconozco que aunque eres la madre de Dios, no eres Dios, no eres la deidad, pues tan sólo eres la amada criatura de la única deidad de Dios, y pues Dios tu creador realizó muchas maneras de milagros para ti. Primeramente cuando todavía era el tiempo de oscuridad, Dios Padre te escogió, te designó para que en tu seno, su absolutamente único, su solo hijo Nuestro Señor Jesucristo, se hiciera hombre. En segundo lugar, cuando la hora fuera oportuna, cuando viniera a llegar, cuando viniera el tiempo que te creara, que te hiciera nacer aquí en la tierra, custodió su preciosa alma para que ningún pecado llegase a ella cuando tu madre Santa Anta se concibiera; tu preciosa alma era perfectamente pura; absolutamente nada se había hecho de mancha, de sombra».

Y continúa Sahagún, escribiendo párrafos de honda y pura teología, en la forma en que podían comprenderlos sus amados indios por quien tanto había luchado y cuya conversión sincera le importaba tanto.

«El tercer milagro que tu creador Dios, colocó en ti es que cuando naciste eras Santa; el Espíritu Santo siempre ha estado dentro de tí. El cuarto milagro que tu Creador, Dios, efectuó en ti, era que cuando llegó el tiempo en que el hijo de Dios, Jesucristo, se hiciese hombre en tu seno, se efectuó un gran milagro sobre tí, pues por medio de un milagro del Espíritu Santo, se hizo hombre nuestro Señor Jesucristo que tu Creador Dios efectuó para ti, era que cuando nació un precioso niño, también sólo por medio de un milagro fue dado a luz; de ningún modo se afectó tu virginidad, pues ahora y siempre eres virgen. El sexto milagro que tu Creador Dios efectuó en ti era que sólo por medio de un milagro tus pechos manaban (leche), para que dieras la teta a tu precioso niño, Nuestro Señor Jesucristo. El séptimo milagro que tu Creador Dios, efectuó en ti, era que te impuso la tarea de que criaras al amado Hijo de Dios en cuanto hombre, y con tu niño, en cuanto hombre, cumpliste la tarea muy bien. Así le educaste. Y tu trabajo llegó a ser pesado durante todo el tiempo que fuera niño, pues le llevaste allá a Egipto que era muy lejos, y otra vez le llevaste aquí a Nazaret. Así sufrieron tu corazón y tu cuerpo. Y durante todo el tiempo que vivió en la tierra nunca le desamparaste. Y cuando murió por nosotros en la Cruz, sufrió y murió en tu presencia. Así padecieron mucha pena tu persona y tu cuerpo [...]».

Y concluye fray Bernardino este precioso trozo mariológico, uno de los primeros que encontramos en las letras evangelizantes novohispanas, en el que condensa una teología clara, simple, limpia de toda obscuridad, tal como lo deseara el gran prelado Fray Juan de Zumárraga.

Concluye, digo, finaliza esta explicación con una exhortación a la Virgen María que concentra el pensamiento de los misioneros evangelizadores del siglo XVI, al afirmar:

«A causa de todo lo que he mencionado y de aún mas que no se menciona, por eso bien claro es que eres muy digna de ser amada, de ser honrada, de ser alabada. Y ahora me humillo ante tí; por tí misma, ruega ante tu precioso niño para que me de gracia, para que yo te ame, te alabe todo el tiempo que viva en la tierra. Amén».

En las mismas meditaciones de este día encontramos también una fundamentación profunda acerca de la figura del Señor San José, reveladora de la devoción josefina, muy arraigada también en el espíritu franciscano y evangelizador. Ello nos explica el porqué ese otro fraile venerable que fue fray Pedro de Gante, escogió para su colegio el patrocinio de San José, de los naturales, bajo cuya protección ponía a sus indiezuelos.

En las meditaciones de otros días, volvemos a encontrar nuevas y reiteradas referencias a la Virgen María, a su concepción inmaculada y a su labor de mediadora y eficaz intercesora ante Dios.

5. *El milagro guadalupano*

En otros escritos de los misioneros santos y sabios de los primeros tiempos, encontraremos también expresada fuertemente la devoción mariana, bien fundamentada y enseñada. Por ello no es de extrañar que en la sociedad indiana, desde el siglo XVI el amor y la devoción hacia la Virgen María hayan sido fuertes y continuos, base y sustento firme de su conversión, apoyo insustituible en la práctica evangélica, que trató de dar a los indios un elemento sensible para la comprensión de las verdades teológicas y a la vez un elemento humano por el que se pudiera llegar a la conversión, tanto por la fe como por la razón.

Un factor humanamente palpable para apresurar la conversión, lo van a representar en el inicio de la evangelización las apariciones de Nues-

tra Señora de Guadalupe en el año de 1531. El milagro Guadalupano será un hecho muy local y un hecho que provoca resistencias entre los religiosos que luchaban por la extirpación o las idolatrías, que aún perduraban con gran fuerza entre los indios recientemente sometidos. La fe se extendía lentamente y los religiosos trataban esforzadamente de implantarla con toda limpieza, apoyando su prédica en el conocimiento del verdadero Dios y en la enseñanza comprensible de la acción de los santos, de los ángeles y de las figuras humanas relacionadas con la Vida de Jesucristo. Veían, principalmente los franciscanos con cierto recelo que la verdad se aceptara limpia y claramente sin subterfugios, sin suplantaciones ni sincretismos que pudieran dañar la ortodoxia y recta comprensión de los misterios. De ahí algunas resistencias que encontramos en los primeros años al culto de Nuestra Señora de Guadalupe.

De toda suerte el culto a María se extendería por todo el territorio de la vieja Anáhuac. Surgirían en diversas latitudes, santuarios marianos como el de los Remedios, el de Lagos, el de Zapopan, el de Talpa, el de Juquila y muchos otros que si bien constituyen cultos regionales, no por eso dejan de mostrar la fuerza que el culto mariano adquiriría en toda Nueva España.

Sabio historiador potosino, Primo Feliciano Velázquez, mostró con total amplitud la difusión que el culto guadalupeño tuvo en el primer siglo de la evangelización, cómo penetró todos los grupos y cómo penetró en el mundo de los indígenas. Si en esa centuria encontramos primeros testimonios que historian el milagro guadalupeño y su desarrollo, va a ser en el siglo XVII en que surjan los grandes monumentos históricos referentes a las apariciones. Las obras de Lasso de la Vega, el P. Sánchez, el P. Florencia y Rivera Tanco, llamados por otro potosino ilustre, Francisco de la Maza, los evangelistas de Guadalupe, difundirán por todos los ámbitos su historia y fomentarán su culto.

Resulta importante subrayar que es en esta centuria, cuando la devoción a María Inmaculada se extendió también por toda Europa. La Compañía de Jesús, fundada en 1534, apuntaló esa devoción, y la Iglesia del Jesús en Roma, mostró ya el surgimiento de su culto.

La Inmaculada Concepción sería la imagen más difundida por los artistas de esa época, principalmente por los grandes maestros de la pintura española. Así Velázquez, Zurbarán, Ribera y principalmente Murillo, representaron innumerables veces en grandiosos cuadros a la Inmaculada Con-

cepción, cuya aceptación por la Iglesia universal se haría a través de Pio IX en 1854.

El siglo XVII también sería el siglo de la afirmación del culto mariano en Nueva España y la Virgen de Guadalupe sería estimada y no como una advocación regional, como lo eran las Vírgenes de Lagos o Zapopan, sino como advocación nacional. El número de sus imágenes se multiplicaría, así como de sus santuarios. Las historias relativas a ella aparecerán en profusión; también en esa época se harían las informaciones canónicas en 1666. La devoción a la guadalupana se extendería por toda Nueva España y desbordaría las fronteras de la patria, esto, debido principalmente a la acción de los padres jesuitas.

Los inicios del siglo XVIII, en los cuales los sentimientos y afirmaciones nacionalistas se muestran en toda su plenitud, van a afincarse en el culto a la Guadalupe. La generación a la que pertenecieron otro potosino ilustre, José Antonio de Villaseñor y Sánchez, Juan José de Eguiara y Eguren, Cayetano de Cabrera y Quintero, entre otros, quienes analizaron las bases de su nacionalismo con extremo rigor, fue una generación eminentemente guadalupanista. Si un serio análisis de los principios ideológicos, jurídicos, políticos y culturales más salientes y relevantes de su época, les hicieron llegar a exponer un válido y justo sentimiento nacionalista, tal sentimiento se reforzaba por un fervorosísimo sentimiento guadalupanista. La Virgen de Guadalupe significó para ellos, como se muestra en sus obras, sermones y múltiples escritos, el apoyo espiritual, religiosos, a su proyecto de un estado religioso por los criollos, ya no por los peninsulares.

Esa generación que yo he llamado de redescubrimiento de la Nueva España, de México, se sustentará en recios principios políticos, jurídicos, culturales y religiosos. Proclamarán su nacionalismo, no como muestra de resentimiento como lo harían los humanistas jesuitas de finales del siglo XVIII, quienes lamentarían y condenarían su expulsión del país. La generación de humanistas de la primera mitad del siglo XVIII, sostendrán un nacionalismo racional, justo y constructivo, pero apoyado en el firme sentimiento guadalupista que anidaba en todos ellos. Para ellos el culto guadalupano era el culto esencial, el que sostenía la estructura no sólo de la religiosidad, sino del sentimiento nacionalista que sustentaba nuestra nacionalidad.

Va a ser ese sentimiento el que logrará que en el año de 1754 se proclame oficialmente en Roma, por el pontífice a la Virgen de Guadalupe como patrona de México. Su culto se extiende ya sin discusión alguna por

todo el ámbito novohispano. Los cultos regionales no desaparecen, pero si quedan subordinados. Es después de esos años, que el culto a María se fortalece. Si en 1854 se proclama el dogma de la Inmaculada Concepción y en 1858 se efectúan las apariciones de Lourdes a Bernardette, en 1900 se proclama a la Guadalupana Patrona de las Américas.

Independientemente de estos hechos universales, hay que recordar que el sentimiento nacionalista, el guadalupanismo nacionalista muestra, en 1810, su representación máxima, al ser enarbolado el estandarte guadalupano como protector de la lucha por la independencia mexicana. Al tomar el Padre Hidalgo el lábaro que contenía la imagen de María de Guadalupe, no hizo sino confirmar que la patria por la que él y todos los mexicanos luchaban, una patria libre y justa, nacía bajo el auspicio de la Virgen María, aquella que loaban y tenía como eficaz intermediaria, los virtuosos misioneros que defendían y evangelizaban a los naturales de México.

Ernesto de la Torre Villar
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma
04510 México D. F.